

Éramos un grupo variopinto de estudiantes que inaugurábamos la ECAM, y entre los profesores de ese primer curso estaba José Luis Borau. Queríamos ser guionistas, un oficio del que muchos de nosotros solo conocíamos el nombre.

Borau llegó un día con un cuaderno, lo abrió y empezó a hablar. Desde el primer momento entendimos que no podíamos perder una palabra de lo que nos contaba. Por eso sus clases se desarrollaban en un silencio sepulcral. Todavía recuerdo cómo uno de mis compañeros, que había asistido puntualmente a cada una de esas charlas, me enseñó a final de curso sus apuntes completos. Los dos los miramos como si valieran su peso en oro. Y es que eran un verdadero tesoro.

Fue un maestro con cara de ogro y eterno ceño fruncido que sin embargo tuvo la generosidad de reflexionar sobre unos conceptos y transformarlos en una materia clara, iluminadora y ordenada para enseñárselos a otros. Un maestro que seguramente entendió de la misma manera clara con la que daba sus clases, que invertir en la formación de profesionales para el futuro no era ninguna pérdida de tiempo.